

Marineros con brújula pero sin mar.
Los exiliados católicos radicales franceses
al final de las guerras de Religión: discurso,
acción política, interés social
y procesos de desagregación¹

ROBERT DESCIMON
EHESS

JOSÉ JAVIER RUIZ IBÁÑEZ
Universidad de Murcia

UNA CUESTIÓN DE CALIDAD PROCLAMA UN VACÍO EN EL RECUERDO

No se descubre nada nuevo si se dice que el exilio, cualquier exilio, suele ser un objeto pretérito de gran interés actual. La desgracia, contumacia o perseverancia, expresada en forma de decisión política, de unos personajes se puede utilizar convenientemente como relato de evocación, invención o reivindicación genealógica, pero también como marco de análisis para comprender mejor la realidad que generó esta decisión y los mecanismos a través de los que se llevó a cabo. Las páginas que siguen se inscriben en la segunda opción, sus planteamientos no sólo buscan definir el contexto que produjo esta migración, sino que sobre ella indagan en tanto que acción colectiva desde una óptica particular, individual; lo que permite describir la acción, y

¹ El presente texto está realizado dentro del marco de un proyecto global de estudio de la comunidad de refugiados; para evitar sobrecargar este artículo de referencias bibliográficas o documentales, aquí se referirán las citas puntuales; cuyas abreviaturas utilizadas serán ACHCT (Archives du Chapitre de la cathédrale de Tournai) ; AGR/AR (Archives générales du Royaume/ Algemeen Rijksarchief, Bruselas), A (Audience (Papiers d'Etat et de l'Audience)/Audiëntie (Raad van State en Audiëntie) y SEG (Secrétairerie d'Etat et de la Guerre/ Secretarie van State en Oorlog) ; AHSLF (Archives de Saint Louis des Français, Madrid) ; AGS (Archivo General de Simancas) E (Estado) Ek (Estado Francia), CMC (Contaduría Mayor de Cuentas), G (Galeras) y GA (Guerra Antigua); BNF (Bibliothèque Nationale de France, París), FZ (Fundación Zabálburu, Madrid) y IVDJ (Instituto Valencia de don Juan, Madrid). Hay que indicar también que este trabajo ha sido realizado en el marco del Proyecto de Investigación «Fiscalidad, economía y política en Castilla durante los reinados de Felipe IV y Carlos II», Ministerio de Ciencia y Tecnología-Feder, BHA 2002-01942.

la propia existencia de grupo, como adición de decisiones personales. Las tensiones subyacentes si bien no son intercambiables, sí puede que evoquen y aclaren las sombras de otros exilios mejor conocidos.

Hacia el final de sus días, en los primeros del mes de septiembre de 1633, don Enrique de Saureulx, capellán real y fundador del hospital de san Luis de los Franceses en Madrid, redactó el que sería su último testamento. Entre otras muchas cláusulas incluía una concerniente a las deudas que la administración española tenía hacia su persona, atrasos que él mismo evaluaba en alrededor de tres millones trescientos mil reales, es decir el equivalente a más de tres milenios del salario de un trabajador no especializado. Saureulx, preocupado por el destino de su alma, la había instituido principal beneficiaria de sus bienes, a través de la limosna que de ellos hacía a los pobres de su hospital. Pero aunque fija su mirada en el más allá, no por ello dejaba de preocuparse por lo inmediato, más aún cuando por su propia experiencia era consciente de la poca premura de la Monarquía en satisfacer sus adeudos. Por ello añadió un comentario para ponderar la importancia de satisfacer puntualmente sus reclamaciones, pidiendo prontitud: «en mandárseles pagar ... como se dio al coronel Guillermo Semple para su seminario atento que el dicho hospital no es de menos calidad y caridad».

La parroquia san Luis de los Franceses (heredera del Hospital) es la única posteridad y memoria viva que ha dejado la emigración de católicos radicales franceses en las tierras de Felipe II tras 1594². En las mismas palabras de Saureulx queda claro que el olvido de este exilio no es sólo una construcción historiográfica,

² El estudio de la comunidad se basa en la documentación oficial de la Monarquía (esencialmente los registros de mercedes, la correspondencia y las solicitudes de gracia conservadas en Bruselas, Milán, Madrid y Valladolid), en la documentación notarial generada en los lugares de origen, en la existencia de biografías más o menos útiles de los personajes más prominentes (Aumale, Rosne, Montgaillard, Colas o Boucher), en los apéndices de la edición de *Satyre Menippée...* de Le Duchat (Ratisbona, 1726, 3 vols.) y en el análisis exhaustivo de las obras de erudición local. No existe ningún trabajo previo, pero hay que señalar como contexto general para la recepción de refugiados católicos en Flandes el de Aline Goosens, «Les Pays-Bas méridionaux, refuge politique et religieux à l'époque du traité de Vervins (1590-1598)», Jean François Labourdette, Jean-Pierre Poussou y Marie-Catherine Vignal (eds.), *Le Traité de Vervins*, París, 2000, págs. 203-232. Sobre la ubicación de estos refugiados en la política interior francesa y en la diplomacia secreta española v. los trabajos de Alain Hugon, entre los que destaca « Les lendemains de Vervins: la 'guerre couverte' des soldats perdus du catholicisme ligueur », *Paix des armes, paix des âmes. Actes du colloque international organisé par la Société Henri IV pour la commémoration de l'édit de Nantes et de la paix de Vervins à Pau en 1998*, París, 2000, págs. 177-186.

sino que esta falta de su memoria procede de un déficit de reconocimiento contemporáneo. En su testamento este personaje no sólo reclamaba una misma utilidad para su hospital que para el seminario fundado por Semple, sino que advertía que las dos instituciones tienen la misma «calidad y caridad»; es decir que ambas compartían una función semejante y poseían una dignidad similar. Sin embargo, esta afirmación era más un deseo que una realidad, y es en esta dicotomía dónde se puede comenzar a comprender la singularidad del exilio católico francés. La necesidad de reclamar formalmente la paridad de una fundación con otra generada por otro exilio católico, es una clara expresión de la situación de desigualdad efectiva en reconocimiento y apoyo. De hecho, los ministros de Felipe IV no debieron impresionarse demasiado de este comentario, ya que aún en 1825 el rector de san Luis de los Franceses continuaba intentando, infructuosamente, cobrar los reales adeudados al fundador³.

Esta situación era pareja a la posición de inferioridad de los franceses entre las diversas comunidades de exiliados que poblaban los territorios de los Austrias menores, y contrasta con la fuerte activación de la memoria para otros exilios contemporáneos, destacando las comunidades de origen británico que contaban con un importante reconocimiento por la Monarquía y con toda una red institucional que garantizó la producción y conservación de memoria⁴. El xvii fue el gran siglo de recepción de refugiados ya que también hay que considerar la presencia de «albaneses» y «griegos» en Nápoles, o de católicos neerlandeses en el Flandes Hispánico⁵, a los que se sumarían posteriormente los por-

³ Sobre Saureulx se cuenta con muy abundante información en los memoriales que presentó al rey y que se encuentran sobre todo en AGS E y en AHSLF. Existen varias publicaciones sobre él y su hospital: *Documens (sic) relatifs à l'hôpital de St Louis des Français fondé à Madrid le 10 août 1613, par l'abbé Henri de Saureulx*, Madrid, 1849; Daniel Alcoufee, «Contribution à la connaissance des émigrés français de Madrid au XVIIe siècle», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 1966, págs. 179-197; Francisco Arroyo Martín, «Apuntes sobre la emigración francesa en el Madrid del siglo xvii», *Torre de los Lujanes*, 34, 1997, págs. 171-198; Abad Frédéric Humphry, *Histoire de St-Louis des Français à Madrid*, Madrid, 1998 [Burdeos, 1854].

⁴ Es cita obligada el libro clásico de Albert J. Loomie, *The Spanish Elizabethans. The English exiles at the Court of Philip II*, Londres, 1963; junto con los trabajos de Peter Guilday, *The English Catholic Refugees on the Continent, 1558-1795*, I (*The English Colleges and Convents in the Catholics Low Countries, 1558-1795*), 1914; Adrian MOREY, *The Catholic subjects of Elizabeth I*, Londres, 1978; F. Eguiluz, *Robert Persons. El architraidor*, Madrid, 1990, o Gráine Henry, *The Irish Military Community in Spanish Flanders, 1586-1621*, Dublín, 1992.

⁵ Willem Frijhoff, «Migrations religieuses dans les Provinces-Unies avant le second Refuge», *Revue du Nord*, LXXX, 326-327, julio-diciembre de 1998, páginas 573-598.

tugueses y catalanes leales a Felipe IV⁶. De todos ellos quizá los que produjeron un *corpus* político más radical fueron los franceses, los mismos que cayeron con más facilidad en el olvido.

Esta ausencia relativa de memoria que podía ser evidente en el momento en que Saureulx dictaba su testamento no lo era aún a finales del siglo XVI cuando la paz de Vervins aún parecía no ser más que una simple interrupción de hostilidades entre Enrique IV de Francia y Felipe II. Fue la relativa normalización política entre las dos Monarquías y la consolidación de las relaciones de Enrique con el Papado lo que convirtió en incómodos a los refugiados y los condenó a un futuro sin pasado en tanto que comunidad. Los elementos de ocultación de memoria iban a conseguir que dicha presencia se borrara con un notable éxito, y esto, a pesar del rol eminente de Carlos de Lorena, duque de Aumale, y del protagonismo en la predicación de oradores refugiados en los primeros decenios del siglo XVII en la Corte de los Archiducos Alberto e Isabel⁷. La razón hay que buscarla no sólo en la lectura que se hizo de ese refugio *a posteriori*, sino, y sobre todo, en el origen, contexto y funcionamiento del propio exilio francés.

Al igual que los británicos, los católicos franceses se veían a sí mismos como unos cristianos obligados a dejar el territorio patrio para salvaguardar su religión. Un movimiento espontáneo apoyado en el principio de que la *libertad de conciencia* del súbdito se antepone a la lealtad política hacia un príncipe herético. Esta similitud teórica se rompía en la práctica por la posición de la Iglesia Romana para la cual Isabel I seguía siendo herética en tanto que Enrique IV había logrado la absolución pontificia en 1595⁸. Esto es, los franceses exiliados se proclamaban fugitivos por la religión católica de un soberano reconocido como tal por Clemente VIII, con lo que el carácter martirial del exilio francés quedaba desde el punto de vista de la Iglesia eliminado y, en consecuencia, también la posibilidad de consolidar una memoria colectiva a través de los mecanismos institucionales católicos, lo que comprometía seriamente la continuidad de su identidad.

⁶ J. Vidal Plá, *Guerra dels Segadors i crisi social. Els exiliats filipistes (1640-1652)*, Barcelona, 1984; Fernando Bouza Álvarez, «Entre dos reinos, una patria rebelde. *Fidalgos* portugueses en la Monarquía hispánica después de 1640», *Estudis*, 20, 1994, págs. 83-103; Rafael Valladares, «De ignorancia y lealtad. Portugueses en Madrid, 1640-1670», *Torre de los Lujanes*, núm. 37, octubre, 1998, págs. 133-147.

⁷ Ad. Delvigne, *Les Oraisons Funèbres des souverains des Pays-Bas aux XVI^e, XVII^e et XVIII^e siècles. Etude historique, littéraire et bibliographique*, Bruselas, 1885-1886, II vols, vol I, págs. 112-114.

⁸ Jean-Pierre Babelon, *Henri IV*, París, 1982, págs. 613-614.

La propia estructura del refugio francés contribuyó a su falta de perpetuación ya que a diferencia de los británicos, los franceses no tuvieron cargos de responsabilidad en órdenes religiosas ni consiguieron establecer, salvo el referido hospital, ninguna institución permanente en su exilio. Así, si el cabildo de la Catedral de Tournai vio desfilar entre sus canónigos más brillantes entre las décadas de 1590 y 1640 a algunos de estos refugiados, éstos lo hicieron a título individual⁹. Otra posible vía de memoria se frustró por el propio azar ya que tampoco se generó una posteridad biológica del exilio nobiliario, bien por defunción de los miembros de la segunda generación, bien por falta de descendencia de aquellos que habían restado en Flandes. Si pocos en los Países Bajos recordarían su origen en el exilio, mucho menos lo harían las familias cuyos miembros retornaron a su Patria original, para ellos el irredentismo anterior debía de ser limpiado mediante la realización del correspondiente acto de contrición, del que quizá el más espectacular sea *Remerciement au Roy... reveu et corrigé en cette derniere Edition* (París, 1605) con el que el escritor Louis d'Orléans acompañó su accidentado retorno¹⁰. Para los hijos de la emigración que volvían a casa de sus padres (como Senault o Jean de la Croix), se podía recurrir directamente a la ocultación selectiva de la memoria familiar, como hicieron sus correligionarios que sufrían el exilio interior y que lograron acomodarse al régimen borbónico y reducir su campo de actuación pública a la reforma religiosa en la conocida evolución de *ligueurs* en *dévots*¹¹.

Haciendo eco a su propio silencio y al de sus contemporáneos, tampoco los historiadores se han preocupado demasiado de este grupo. La ausencia de estos refugiados en las genealogías de los grupos culturales y políticos que se disputaron el poder en el siglo XIX francés explica que ninguno contara con ellos a la hora de

⁹ Chanoine Vos, *Les dignités et fonctions de l'ancien Chapitre de Notre-dame de Tournai*, Brujas, 1898, II vols., vol. I págs. 45-46 y 223-229 ; Alain Lottin, *Li-le Citadelle de la Contre-Réforme (1598-1668)*, Dunkerque, 54, 149 y 297.

¹⁰ Robert Descimon, *Qui étaient les seize? Mythes et réalités de la Ligue parisienne (1585-1594)*, París, 1983, págs. 133-134.

¹¹ Michael Wolfe, «Amnesty and Oubliance at the End of the French Wars of religion», *Cahiers d'Histoire*, XVI-2, 1997, págs. 45-68 y Barbara Diefendorf, «Reconciliation and Remembering: A Dévôt Writes the History the Holy League», *Cahiers d'Histoire*, XVI-2, 1997, págs. 69-79. Sobre la evolución de los *ligueurs* véase Michel Cassan, «Laïcs, Ligue et réforme catholique à Limoges», *Histoire Economie Société*, 1991/2, págs. 159-170 ; Barbara B. Diefendorf, «Entre la Ligue et les dévots: les ultra-catholiques Français face à la paix de Vervins», Jean François Labourdette, Jean-Pierre Poussou et Marie-Catherine Vignal (éds), *Le Traité de Vervins*, París, 2000, págs. 431-455. Sobre el movimiento *dévot* en general el libro clásico sigue siendo el de Louis Chatelier, *L'Europe des Dévots*, París, 1987.

indagar-inventar sus propios orígenes. Esto muestra también el éxito como productores de memoria que tuvieron los propagandistas políticos y los historiadores más o menos oficiales de Enrique IV¹², quienes legarían a la posteridad una imagen lo suficientemente ambigua del rey para que fuera reclamada como propia tanto por la derecha ultramontana, los orleanistas y los republicanos. Incluso hoy día este mito sigue siendo uno de los más pujantes en la memoria colectiva francesa, lo que en su momento retrasó también el estudio sobre la Liga Católica. Un retraso mantenido en las décadas centrales del siglo xx, cuando historiadores de los movimientos sociales buscaban en cualquier emoción popular del Antiguo Régimen una muestra de oposición a éste. Con semejante marco analítico resulta comprensible que la Liga Católica apareciera como una rareza molesta bastante indefinible. En suma, la presencia de refugiados ha sido vista a través de la lente de la propaganda realista de la década de 1590 como una simple huída de los traidores que se habían dejado comprar por Felipe II; con lo que el exilio se convertía en un justo castigo a individuos carentes de más ideología o proyectos políticos. Así que, si estaban definidos, ¿para qué estudiarlos?

La renovación en el último medio siglo de los trabajos sobre la Liga urbana ha significado la superación de los lugares comunes tradicionales. Si hasta la década de 1980 se centraron en el estudio de la organización, composición, ideología política y funcionamiento del grupo radical, en los años que siguieron la importancia de los elementos culturales ha sido reseñada por la historiografía. En todo caso, ha seguido primando una paradójica visión franco-francesa de un movimiento cuyos radicales se proclamaban esencialmente como universalistas católicos. Además, en general, la historiografía francesa ha respetado el viejo dogma realista de considerar 1594 como una barrera infranqueable: hasta esa fecha la mitad de Francia era antiborbónica, a partir de ese momento se produce un proceso de conversión masiva simultáneo a la conquista militar y, de golpe, un pujante partido de oposición desaparece en el humo como si jamás hubiese existido. Esta aserción es igualmente válida para la comprensión de la ideología del movimiento *ligueur*, ya que si para su estudio se analizan las obras de los radicales publicadas hasta 1595, se solía despreciar las producidas por las mismas personas durante su exilio.

¹² Marco Penzi, «La manière d'écrire l'histoire de la Ligue ou l'histoire vue de la part des vaincus», ponencia presentada al *Seminario Interdisciplinar: las relaciones entre teoría y práctica política*, Murcia, nov. 2001, en prensa.

APLAZANDO UNA DERROTA: EL EXILIO COMO OPCIÓN
FRENTE AL EXILIO COMO DESTINO

El estudio de los refugiados franceses no es ni un fin en sí mismo ni un absurdo ejercicio de reivindicación de la memoria de estos radicales; no se trata en suma de una investigación erudita de las sombras que ha dejado la memoria selectiva *oficial*, sino de la relectura del conjunto de los fenómenos que se dieron en Europa Occidental a través de la información que ofrece un punto de vista novedoso. Así, a través de la comprensión de su experiencia, se podrá intentar responder a los debates que han determinado la indagación sobre la proyección de la Monarquía Hispánica y el estudio de la Liga, al tiempo que se construye un campo ideal para aproximarse al funcionamiento de un colectivo.

La comunidad de refugiados *ligueurs* en 1594 tenía algunos rasgos individuales respecto a otras migraciones políticas de idéntico destino. A diferencia de las estancias en los territorios hispánicos de grandes clientelas políticas francesas (el condestable de Borbón, María de Médicis, Gastón de Orléans, el príncipe de Condé o el Gran Condé) la composición de este exilio se integraba por algo más que por los dependientes de un gran patrón indispuerto con el gobierno parisino. Era un partido que quería continuar una guerra civil, un partido que se pensaba sólo coyunturalmente en el exilio, un conjunto complejo por un brazo nobiliario-militar y, ésta es su singularidad, por un brazo civil autónomo. El «brazo nobiliario» encarnado en tres clientelas interrelacionadas: los seguidores del duque de Aumale cuando éste fué expulsado de su gobierno de Picardía, los dependientes de Jacques de Colas gobernador de la villa de La Fère, población que había entregado al ejército de Flandes y que se vio obligado a abandonar a principios de 1596¹³ y, finalmente los técnicos militares, que servía en el Ejército de Flandes desde las expediciones de Farnesio, encabezados por Denys de Roissieu, encargado del suministro de víveres al Ejército español en Francia y Chrétien de Savigny, *sieur* y mariscal de Rosne maestro de campo general (interino) del ejército de Flandes.

Los diversos miembros del brazo nobiliario iban a aducir las mismas razones ideológicas que el otro gran conjunto de refugiados, los que provenían de las grandes ciudades de la Santa Unión. Estos clérigos y burgueses reclamaban que su exilio no era el final de un proceso, sino un medio de continuarlo; de perseverar en

¹³ AGR/AR SEG 17, 10 de diciembre de 1596, Bruselas, fols. 141-142.

una guerra que estaban dispuestos, con la ayuda de Dios, a ganar. Por supuesto, los grupos nobiliario y burgués estaban interconectados desde hacía tiempo: los nobles habían participado en las instituciones de gobierno de la Liga urbana y entre los ciudadanos, sobre todo los de Picardía y Normandía, se encontraban muchos clientes de Aumale. Pero los caminos del exilio fueron diferentes, en general, para unos y otros; lo que parece confirmar la relativa autonomía del movimiento urbano respecto a la nobleza y cuestiona, una vez más, la imagen de las burguesías radicales de 1588 como meros instrumentos de los príncipes. La experiencia de los refugiados de la ciudad de Marsella confirma esta autonomía, ya que este grupo (exiliado en Génova tras 1596) no contaba con ningún liderazgo, ni nobiliario, ni clerical.

¿Por qué estos franceses tomaron el camino del exilio cuando otros buscaron, y lograron, acomodarse a la nueva situación? Para responder a esta cuestión hay que evitar toda forma de mecanicismo ya que pese a articularse el exilio en gran parte mediante el extrañamiento solidario de fidelidades nobiliarias, clientelares, de residencia y familia, este tipo de relaciones no fue determinante a la hora de tomar el camino de Flandes. En ocasiones la prueba del destierro fracturó estas asociaciones previas, en otras puede que se diera una especialización a la hora de tomar el camino del exilio buscando mantener en el reino de Francia agentes de confianza. Esto, que parece claro para la gran nobleza (Aumale, Rosne), lo es también para la burguesía¹⁴. En todo caso, con el tiempo el extrañamiento geográfico y la diversidad de intereses entre los partidos y los que quedaban contribuyeron a medio plazo a ahondar la inestabilidad e incluso a romper estos lazos.

Pero si la clientela o la familia no determinaban a los que partían, posiblemente sí que condicionaron de forma decisiva a los que restaban. La simpatía pro-española entre diversos sectores de la pequeña nobleza francesa católica parece clara por las fuentes indirectas, y sin embargo no hubo una migración autónoma de este tipo de gentilhombres. La razón hay que buscarla en la necesidad de contar con un gran patrón que tuviera el suficiente prestigio ante los españoles para garantizar la fidelidad de sus clientes. Es decir, que Enrique IV logró, cooptando a la gran nobleza, en la práctica, desarmar a todo el grupo de los gentilhombres. Salvo algunas excepciones puntuales matizables (el propio Saureulx), el sistema de

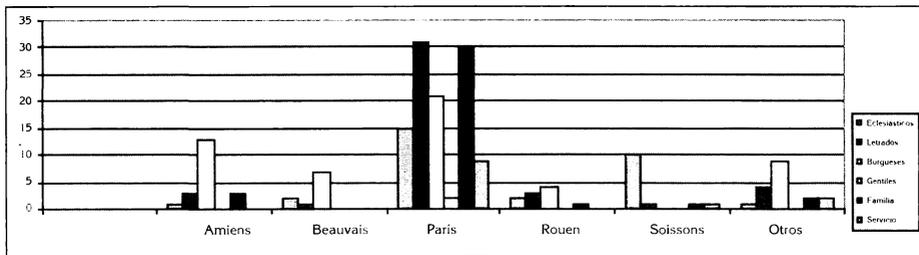
¹⁴ Antes de salir de París en 1594 muchos radicales tomaron la precaución de dar poder universal a sus mujeres que bajo esta autorización actuarían como cabezas de familia las décadas siguientes, véase Robert Descimon, 1983, 141, 147, 150, 171, 178, 181, 188-189, 201 y 212.

clientelas nobiliarias sirvió para contener el descontento de la pequeña nobleza ante el poder borbónico y actuó de freno a que ésta alcanzara compromisos operativos con los agentes españoles: bien porque los gentilhombres no tomaran la iniciativa, bien porque no tuvieran suficiente credibilidad para realizar acciones de envergadura a los ojos de los hombres de Felipe II.

Sólo la gran nobleza tenía el suficiente reconocimiento para lograr firmar contratos con la administración española¹⁵. Una vez logrados estos acuerdos, estas clientelas funcionaron como vía de relación entre los gentilhombres franceses y las autoridades españolas. Una vez establecidas, éstas, a medio plazo, fragilizaron la dependencia original. Así los jefes de unidades militares que entraron en los Países Bajos españoles como clientes de Aumale, Rosne o Colas, pese a reclamar la protección de sus patronos, hicieron procesos de inserción directa en la administración española buscando una autonomía financiera ante la zozobra económica de las grandes casas. De hecho, la mayor parte de ellos lo consiguió, obteniendo, entre 1603 y 1610, pensiones particulares.

Si contar con un garante fue un elemento importante a la hora de posibilitar el exilio de los gentilhombres, también lo iba a ser respecto de los burgueses que tomaron ese camino. Pero no se trataba de una clientela, al menos no como se entiende habitualmente. El siguiente gráfico muestra la procedencia de los principales grupos de refugiados urbanos que entrarían en contacto con la administración española en Bruselas:

LOS REFUGIADOS DE LA LIGA URBANA EN LOS PAÍSES BAJOS (1594-1598)



La preponderancia de los procedentes de la capital del reino de Francia plantea uno de los problemas centrales de la traducción en un exilio efectivo de la disidencia contra el régimen borbónico.

¹⁵ AGS Ek 1598, 31, 2 de mayo de 1595, Bruselas, proposiciones del duque de Aumale; AGS E 611, 29, 3 febrero de 1595, Bruselas, contrato con Rosne; BNF Cinq Cents de Colbert 32, fol 60, 26 junio 1594, *Village de Sancourt*, contrato con Gomeron.

Hay que aclarar que, aunque despreciada intencionalmente por cronistas e historiadores y sumida en un proceso de ocultación de memoria tras 1598, esta oposición existía de forma residual pero activa. Aún no se le ha dedicado un trabajo específico o siquiera una recopilación de las citas indirectas que en las crónicas e historias locales se hace de las acciones de regocijo ante las victorias españolas en la guerra de 1595-1598 o de los complots que se realizaron contra el poder de los aliados urbanos de Enrique IV. De hecho, es motivo de discusión la interpretación de estos indicios para medir el alcance de esa oposición en 1597. Los exiliados fueron un síntoma extremo, su limitado número cuestiona la capacidad política de estos residuos de la Liga. Hay que entender que para retirarse a las tierras del rey católico era preciso superar dos etapas: en primer lugar extrañarse de la propia ciudad y, en segundo, alcanzar la frontera de los territorios de Felipe II. La propia composición desequilibrada de los refugiados muestra claramente que la realización de esta operación era cualquier cosa menos natural.

La consolidación del poder borbónico, victorioso de una guerra civil, suponía tres niveles de exilio. Un primer exilio interior para aquellos que se veían marginados en su entorno social; un segundo exilio de quienes se alejaban de su ciudad, pero permanecían en el reino de Francia esperando el perdón real. Finalmente, quedaban los que llevaban ese exilio de la *patria natural* a una huida de las tierras controladas por Enrique IV. Como hacia finales de 1595 casi todo el reino estaba ya bajo la obediencia nominal de los leales al rey, el exilio dentro de las fronteras dejaba de tener un sentido político para adquirir una naturaleza administrativa, un medio penitencial de alcanzar la gracia regia. Las razones de salir de una ciudad hay que buscarlas en los diversos procesos a través de los que las villas pasaban a la obediencia real. Si se trataba de pactos entre las burguesías moderadas y los agentes de Enrique IV, en la propia sumisión se especificaba el perdón regio del que se veían excluidos los radicales que en la última hora que se habían empeinado en la resistencia. La salida podía ser el resultado de una política explícita de las nuevas-continuas autoridades municipales que querían garantizar la disciplina social alejando los elementos más radicales, o bien podía ser una acción voluntariamente emprendida por quienes tenían conciencia que su comportamiento durante la dominación *ligueuse* había sido lo suficientemente violento, arbitrario o visible para que no se pudieran beneficiar del olvido negociado que se sellaba entre el rey y la comunidad. Para las autoridades personajes de este tipo resultaban muy interesantes, ya que a través suyo se procedía a la exculpación individual y colectiva que suponía la focalización de la culpa, que era alejada del cuerpo de la población y

concentrada en una parte *sacrificable* del cuerpo social, una rama enferma que, arrancada, devolvía a la *Res Publica* la armonía y la inocencia previa a la *rebelión* contra el rey. Más interesante aún, en muchos casos los radicales que más se habían implicado en las acciones violentas procedían de estratos sociales inferiores que habían visto la Liga como un medio de acelerar su ascenso social; para los cuerpos municipales o judiciales estos advenedizos eran unos competidores de quienes resultaba muy interesante deshacerse. Algo que se podía hacer con relativa facilidad al no existir implicaciones de solidaridad familiar y contar con el apoyo de una población hastiada de las exacciones, la arbitrariedad o la prepotencia de los radicales. En caso de la implicación de alguna de las familias de la nobleza urbana en los últimos estertores de la rebelión contra el rey, el exilio se solía centrar en un miembro del linaje, lo que permitía al resto adoptar estrategias de protección bajo la cálida solidaridad de grupo familiar, mediante arreglos matrimoniales adecuados o traspaso de oficio.

La composición de este grupo de exiliados era el resultado de la propia historia de la Liga en cada una de las ciudades, de su ascenso y de su posterior desintegración. Se tiene una imagen bastante aproximada de los medios a través de los que se produjo la adscripción personal al movimiento en su ala más radical; se partía de una sintonía ideológica en unos conceptos comunes que eran percibidos de forma distinta por los diversos agentes: la defensa de un orden católico amenazado ante la posible herencia del trono de Francia por un príncipe hugonote se sumaba a la de la de los privilegios de las buenas villas francesas resquebrajados por las cada vez más presentes actuaciones de los delegados regios. Estos dos principios eran inteligibles para las diversas capas de una burguesía urbana que se proclamaba defensora de la tradición monárquica contra un soberano (Enrique III) que estaba permitiendo, por laxitud primero (hasta los asesinatos de Blois) y por tiranía después, su destrucción. El descontento de estas burguesías podía incrementarse ante el colapso de la venalidad de los oficios públicos y la frustración de la consolidación institucional de los grupos que se habían enriquecido en el «bello siglo xvi» o por conflictos locales. Lo cierto es que sería a través de los elementos de organización urbana tradicional y los espacios de autoridad interpersonal (las milicias, las parroquias, el derecho de burguesía) donde la aceptación de un proyecto político común articuló a personas procedentes de múltiples niveles sociales. Una vez en el poder la defensa del *partido* radicalizaría a los más comprometidos con él. Esto, y las acciones de represión brutal que emprendieron buscando mantener la unidad del movimiento, apartó de éste a unos moderados encabezados por los prohombres locales que veían en la subversión política una amenaza al orden social que ja-

más habían deseado. El proceso de marginación consecuente terminó con la toma de poder en las ciudades por estos moderados y en la restauración-reinvención bajo la bendición borbónica del orden sociopolítico. Los medios simbólicos de exclusión-marginación de los vencidos se articularon de forma judicial, ya que si el rey se comprometía a no emprender acciones contra los rebeldes, sus nuevos socios o los antiguos perseguidos sí podían hacerlo.

Caso ejemplar es el de los «asesinadores» del presidente Barnabé Brisson. Acusado de moderado, éste había sido ejecutado en París en 1590. De esta forma, el grupo radical de la capital (los *Seize*) buscaba ilustrar en la magistratura la persecución de los filopolíticos golpeando en la cabeza. La propia solidaridad de grupo hizo que los magistrados radicales se abstuvieran de participar en el proceso, con lo que los responsables eran advenedizos provinciales (como François de Morin-Cromé, el autor del famoso Dialogue entre le Maheustre et le Manant), o bien parisinos de bajo origen social. Una vez «liberada» París la persecución judicial que la viuda de Brisson inició contra los culpables se tradujo en condenas contra ellos¹⁶. Era una forma por parte de la gran burguesía y la magistratura parisina de pasar cuenta a quienes les habían disputado el poder, pero hacerlo en un caso concreto en el que el origen de los acusados evitaba unas fracturas internas que hubieran podido desencadenar una actualización de la memoria en forma de acusaciones mutuas de participación en la Liga, dentro del propio grupo que había pactado con Enrique IV.

Si la salida de las ciudades no era un proceso tan mecánico como se podía entender, la llegada hasta las fronteras de los Países Bajos resultaba aún más compleja; ya que no sólo contaba el deseo de realizarlo, sino también la posibilidad real de imaginarlo y llevarlo a efecto. Se trataba de un proceso que puede ser visto como una forma de profundizar en la exclusión política que significaba el asentamiento del poder de Enrique IV, cuya propaganda había identificado a los radicales con agentes de una potencia extranjera, con «españolizantes». Esta idea se vio «confirmada» en algunas ciudades francesas que contaron con guarnición de tropas del rey católico dentro de sus muros (singularmente París y algunas pequeñas localidades de la Picardía) o en sus arrabales (Marsella, Beauvais, Soissons). Cuando a la hora de la sumisión a Enrique IV, los radicales evacuaron sus ciudades junto a los hombres de Felipe II la identificación resultaba plena: en esa salida se veía

¹⁶ De hecho 18 de los 26 condenados por el *affaire* estaban en Bruselas en 1595; Elie Barnavi y Robert Descimon, *La sainte Ligue, le juge et la potence. L'assassinat du président Brisson (15 novembre 1591)*, París, 1985, págs. 242-243.

la confirmación de una traición previa que identificaba al tiempo que eliminaba a los perturbadores del orden. Demasiado visibles, para ellos el regreso a sus ciudades se hacía más complicado, sobre todo desde principios de 1595, cuando Enrique declaró la guerra a Felipe II.

El discurso de desnaturalización que articularon contra ellos los vencedores de la guerra civil tuvo una lectura diferente por los refugiados que no vieron el exilio como una condena, sino como un medio para continuar la guerra. De hecho, el principal grupo de los refugiados urbanos, el que había salido con el embajador español duque de Feria tras la entrada de Enrique IV en París en marzo de 1594, no lo acompañó hasta Bruselas, sino que se estableció en la aún *ligueuse* Amiens para intentar desde ahí reavivar el fuego de la guerra santa contra un rey al que llevaban un año acusando de falsamente convertido. Sólo tras la concordia con el rey Borbón de la capital de Picardía en agosto, este grupo tomó (falto de otra alternativa) el camino de la frontera de los Países Bajos. En ese momento se estaba completando la imagen que de sí mismos tenían como colectivo e individuos; una concepción que iba a hacer del paso hacia el exilio exterior un imperativo moral.

Como sucedía con la pequeña nobleza, un elemento casi determinante en la articulación del exilio para los refugiados de las ciudades iba a ser la existencia previa de contactos personales que les permitieran asumir el viaje a Flandes como una posibilidad razonable. El estudio de los personajes que llegaron a los Países Bajos procedentes de las ciudades permite afirmar que el exilio francés se produjo globalmente a través de la organización radical parisina y su contacto con la embajada española de la capital francesa. La masa de parisinos que llegaría a Flandes lo haría porque era consciente de la protección que se les brindaría, en tanto que la llegada desde otras ciudades se haría a través de fidelidades personales respecto a notables *ligueurs* que habían entrado en contacto con el grupo radical parisino y, gracias a él, con la embajada. Es decir, existían personajes que eran visibles para la administración española y que podían garantizar la lealtad de sus paisanos. Es el caso de Rouen y Beauvais, aunque no así de la mayor parte de los procedentes de Soissons o de los de Amiens (donde había que considerar el patronazgo de Aumale). Si bien esto muestra la articulación de la Liga en provincias, el escaso número de quienes realizaron el a fin de cuentas muy arriesgado viaje desde estas urbes secundarias hacia Flandes evidencia también sus límites.

Lo importante del contacto personal previo diferenciaba el refugio francés del británico, cuya red de asistencia institucional había alcanzado un nivel de autonomía suficientemente efectivo. No

era el caso de los franceses, quienes durante el exilio combatiente (1594-1598) no fueron capaces de generar institución alguna. La razón ya se ha adelantado, el carácter secular de los clérigos más comprometidos rompía las posibilidades de articulación en torno a una orden. Además, entre los refugiados se eclipsaron quienes podrían haber actuado como intermediarios con las órdenes: así Bernard Percin de Montgaillard, conocido como el *petit feuillant*, había perdido desde hacia tiempo el interés por los asuntos políticos y su éxito cortesano le alejó de una comunidad de exiliados en la que es difícil catalogarlo¹⁷. Respecto a los jesuitas que habían sido expulsados de Francia en 1595 tras el atentado de Chastel pese a simpatizar en ocasiones con las ideas de los exiliados *ligueurs*¹⁸, prefirieron pasar a un segundo plano ante el acercamiento pontificio al rey Cristianísimo.

La dependencia de las relaciones personales condicionaba enormemente el futuro del exilio, como se evidenció pronto. Entre 1594 y 1595 permanecieron en los Países Bajos una serie de agentes españoles (el duque de Feria, don Diego de Ibarra, Esteban de Ibarra; el propio conde de Fuentes), concedores de la política interior francesa y partidarios de mantener la guerra contra Enrique IV, que protegieron a los refugiados de las ciudades, les consiguieron pensiones, les suministraron fondos de los caudales que administraban y mantuvieron contactos permanentes con ellos en tanto que comunidad. La sustitución del gobernador interino de los Países Bajos a finales de 1595 por el archiduque Alberto, significó también que la mayor parte de esos ministros fue llamado a la Península. Esto significaba dejar huérfanos a los refugiados de las ciudades. Desde este momento el contacto con la Corte se haría a través de aquellos personajes que tuvieran audiencia en ella: bien los predicadores (es el caso del más importante de ellos Jean Boucher, pero también de Matthieu Delaunoy o del saboyano Nicolas Garin) o, sobre todo, los nobles. Para la camarilla de Alberto el trato con los grandes era más natural. A ellos unos burgueses poco o nada tenían que decirles. A este eclipse de la comunidad se sumó que el nuncio pontificio iniciara una campaña contra los predicadores radicales franceses a los que acusaba, con bastante razón, de cuestionar la absolución dada

¹⁷ De hecho, Montgaillard se naturalizaría como súbdito de Felipe II en 1596, algo que no realizaría el resto de la comunidad, véase AGR/AR, A 1842-1b, sn, 30-VIII-1596.

¹⁸ Alfred Cauchie, «Relation d'un Père Jésuite réfugié en Flandre sur la situation de la France au début de 1595», *Mélanges Godefroid Kurt. Recueil de mémoires relatifs à l'histoire, à la philologie et à l'archéologie*, Paris-Lieja, 1908, 2 vols., págs. 280-293.

por Clemente VIII a Enrique IV¹⁹. Pese a esta presión, la presencia de franceses en la corte de Bruselas siguió siendo significativa e incluso ese mismo 1597, ante la catastrófica situación financiera de la administración española en Flandes, se pensó en movilizar los contactos y el entusiasmo bélico de los refugiados franceses para provocar revueltas en el interior de Francia y debilitar la posición ofensiva del primer Borbón. Si bien los llamados de los exiliados tuvieron algún eco, la imposibilidad del ejército de Flandes de apoyar los conatos de revuelta terminó por desacreditar a la comunidad como fuerza actuante tanto dentro como fuera de Francia.

La paz de Vervins, con el reconocimiento del gobierno de París por parte de Felipe II, supuso el final de la situación jurídica especial de que habían gozado los refugiados hasta ese momento. En efecto, aunque Enrique hubiera declarado la guerra en 1595, ésta no había sido contestada ni por el gobierno de Madrid ni por el de Bruselas. Al contrario, desde la Corte del anciano soberano español se había apoyado la declaración que su gobernador de los Países Bajos el archiduque Ernesto había realizado a principios de 1595²⁰, por la que desconocía a Enrique como rey de Francia y anunciaba que la respuesta a las hostilidades que éste emprendía había que enmarcarlas en el apoyo que Felipe venía prestando desde mediados de la década de 1580 a los católicos de Francia. Por lo tanto, la comunidad de refugiados franceses continuaba siendo considerada como un grupo aliado a la Monarquía y el propósito explícito de la guerra era ayudarla en un conflicto de religión, es decir, mantener la ficción de una guerra civil. En este sentido, la ocupación de plazas en el norte de Francia no era presentada como una conquista, sino como una liberación; lo cual no dejaba de resultar un tanto paradójico si se considera que en la ocupación de alguna de estas urbes (singularmente Doullens y Calais), la población fue masacrada.

En 1598 la razón de ser de la comunidad de refugiados había desaparecido. Esto dio lugar a un proceso múltiple en el que de forma individual cada exiliado buscó su ubicación. Aquéllos que no se habían significado especialmente iniciaron el retorno a Francia, donde intentaron restaurar la posición previa al exilio a través de la movilización de sus lazos de protección. Se pueden considerar dos etapas de regreso: una primera inmediata a la paz, realizada

¹⁹ Armand Louant, *Correspondance d'Ottavio Mirto Frangipani. Premier Nonce de Flandre (1596-1606)*, Roma-Bruselas-París, 1932-1942, III vols., II, páginas 34-36 y 79 y III, págs. 59-61.

²⁰ AGS E 619, 24, 7 de marzo de 1595.

mayoritariamente por refugiados de localidades próximas a la frontera²¹. La segunda sería protagonizada por los más comprometidos y se prolongaría entre 1600 y 1609, según que su frustración ante el impago de sus pensiones fuera proporcional a las garantías logradas mediante la movilización de su capital relacional. Los que no podían o no querían volver activaron también estrategias para garantizar el mantenimiento de sus propiedades, o bien vieron como sus parientes residentes en Francia lo hacían para evitar verse afectados por las condenas. Si bien la casuística es muy amplia, se puede indicar que las familias intentaron salvaguardar a la vez las propiedades hereditarias a las que podían tener acceso en Francia y los beneficios que el reconocimiento dado por los españoles a sus servicios les proporcionaba en las tierras del rey Católico; sin embargo, hay que evitar el mecanicismo, ya que no es preciso ver que las consecuentes especializaciones familiares obedecían a una estrategia diseñada, cuando en ocasiones podían ser el resultado de la fricción intrafamiliar y de la diversa ideología e intereses de los componentes del entorno.

Los que quedaron en los Países Bajos podían tener múltiples razones; ciertamente algunos no podían regresar, otros gozaban de una posición que era el resultado de su reconocimiento por la Corte de Bruselas. Desde el duque de Aumale hasta el tornero Philippe Voisin, lo que tenían en el exilio era mejor que lo que podían alcanzar en un retorno. Y lo mismo se puede decir de los clérigos, al menos de los más comprometidos políticamente, pues si Montgaillard hubiera podido volver a Francia cuando hubiese querido, Boucher, Crucé o Delaunay eran demasiado conocidos y habían publicado demasiados libros contra el Bearnés como para que su carrera pudiera mantenerse al nivel que habían alcanzado en el exilio. Quizá el grupo más perjudicado fue el de los letrados y el de aquellas personas que habían ocupado importantes cargos en la administración de la Liga en las ciudades antes del exilio. Ellos tenían una posición en los Países Bajos que se traducían en el reconocimiento de sus títulos y en la concesión de una pensión tardía y mal pagada. Se veían así atrapados, no podían vender sus servicios como soldados o insertarse en la burguesía local, porque esto significaría renunciar al estatus que se les reconocía, pero éste no les permitía mantener el nivel económico necesario. Peor aún, ellos habían sido quienes más se habían señalado en el movimiento contra Enrique IV y su retorno se veía imposibilitado por la oposición de quienes ahora ocupaban sus oficios. Prisioneros de un dilema insoluble, su única solución era reforzar su relación con

²¹ AGR/AR SEG 18, 1 agosto (fol 245r) y 1 de octubre de 1598.

el rey Católico a través de la reproducción continua de un discurso identitario que la paz de Vervins había convertido en obsoleto. Pero esto no se sabía en 1595; la derrota debió de parecer muy extraña a unos radicales que a principio de 1597 aún mantenían la fe en la victoria dado que luchaban por Dios.

LA IDENTIDAD DE UN PARTIDO EN EL EXILIO

Frente a la visión, reiterada incluso por la historiografía reciente, del carácter desorganizado del refugio francés, se puede afirmar que estos *ligueurs* actuaron en tanto que partido y constituyeron una comunidad consciente de sí. Esto implicaba la existencia de diversos niveles de organización, superpuestos y no necesariamente complementarios, que adaptaban a la contingencia del exilio los modos previos de relación y dependencia. En grandes líneas se podría describir como una estructura mixta integrada por una serie de lealtades nobiliarias y un grupo urbano a través de los cuales se asimilaba a los refugiados a través de diversos medios de fidelidad. La existencia del partido se traducían en un proyecto bélico, una clara división de funciones, una ideología compartida y una proyección política concreta; elementos que iban a ser la base de la identidad que los franceses iban a proclamar de sí mismos. La existencia de la comunidad de refugiados se presentaba como un mundo ordenado, jerárquico y corporativo.

En el exilio los refugiados continuaron cada uno desde su posición su guerra contra Enrique de Navarra, pero lo hicieron integrándose en el proyecto bélico de la Monarquía Hispánica. Algunos clientes de Aumale, a quien se seguía reconociendo como gobernador de la provincia, formaron parte de la administración de las villas ocupadas de Picardía. Sin embargo, la participación militar del refugio francés en la guerra de 1595-1598 fue limitada a las compañías de caballería, que habían pasado a sueldo de la Tesorería del Ejército de Flandes y que no sobrevivieron a la reforma de principios de 1596. A partir de ese momento la participación de los gentilhombres se inscribió en servicios personales: un antiguo cliente de Colas, Sansón Divailhe, se especializaría como correo, en tanto que los *sieurs* de Caron, du Broc o Darloys continuarían sirviendo, ya no como capitanes de caballos, sino como oficiales de estado mayor. El grupo de vivanderos que había acompañado a Roissieu mantuvo su presencia en la administración española hasta el final de la guerra, pero desde el verano de 1596 estaban en quiebra financiera. Finalmente, el reducido grupo de especialistas en estado mayor y voluntarios loreneses que seguía al mariscal de Rosne se disolvió tras su muerte en agosto de 1596. En ese momento Rosne gozaba de la plena con-

fianza del nuevo gobernador, Alberto de Austria, y había alcanzado una posición importantísima dentro del aparato militar español. Su muerte, y la notable incapacidad política de Aumale, acababa con la posibilidad efectiva de crear un grupo de presión francés en la corte flamenca.

El mariscal era la persona idónea para imbricar el exilio de las ciudades dentro de la proyección política de la Monarquía hispánica, ya que él mismo conocía bien a los refugiados parisinos. Su muerte fue una cesura importante en las posibilidades de subsistencia como facción política del refugio francés. Sus funerales (celebrados en la Catedral de santa Gudula) mostraban el prestigio alcanzado por este militar lorenés y anunciaban el final de los equilibrios que Rosne podría haber mantenido. Fue una gran ceremonia a través de la cual el gobierno de los Países Bajos, y Alberto en particular, querían manifestar su gratitud a su principal lugarteniente, y al mismo tiempo fue una expresión corporativa de solidaridad de la nobleza exiliada²². La Liga de las ciudades también estuvo presente, ya que el mariscal tuvo como encargado de su panegírico al más radical, al más combativo de los predicadores que habían encendido a las masas urbanas y habían dado una legitimidad teórica al movimiento de la Liga: Jean Boucher, el llamado rey de París. Su *Oración fúnebre* es una proclamación de las virtudes del guerrero cristiano encarnadas por el mariscal, pero también, y sobre todo, es un canto de guerra, pues «¿por qué perder el tiempo en lamentos cuando es hora de combatir?» Al igual que en otros escritos suyos de esos años, Boucher invitaba a los soldados y capitanes católicos a continuar un combate santo, una llamada imperativa para acabar con la rebelión que significaba la tiranía de un príncipe relapso en Francia. Boucher haría publicar este volumen que sería editado junto a unos versos del que se estaba convirtiendo en el refugiado civil de la elite urbana más prominente de la comunidad: Mathias Delabruyère²³.

Las exequias del mariscal fueron una clara escenificación de la propia composición del refugio francés, pero también de la existencia de los múltiples discursos que lo componían. Estos eran coincidentes en algunos elementos comunes pero, al mismo tiempo, eran particulares de cada grupo de exiliados. Los puntos de concordancia eran claros: rechazo frontal a la dominación de Enrique IV por considerar que sus actos posteriores a la abjura-

²² Juan Roco de Campofrío, *España en Flandes. Trece años de gobierno del archiduque Alberto (1595-1608)*, Madrid, 1973, págs. 136-138.

²³ *Oraison funebre... Seigneur de Rône, y Nobilissimi ac fortissimi viri D.D. Christiani de Savigny...*, Bruselas, 1596.

ción mostraban que había sido fingida, una identidad común por considerarse damnificados por la religión y, consecuentemente, la necesidad de continuar la guerra con el apoyo del rey de España para instaurar una monarquía verdaderamente católica en Francia. Esto era afirmar que ellos mismos no estaban colaborando con el enemigo de su reino, sino que con ayuda de Felipe de Habsburgo buscaban liberar Francia del mal absoluto. De hecho, en el entierro el escudo con las tres lises aparecía junto a las armas de Felipe II.

La percepción diferencial de estos lugares comunes marcaba una pluralidad de identidades e incluso de asunciones particulares del discurso de oposición a Enrique IV: diversas sensibilidades que no tenían por qué ser incompatibles, pero tampoco necesariamente coincidentes y de las que contamos con bastantes ejemplos gracias a los testimonios conservados en forma de peticiones de mercedes e informes autobiográficos. Se trataba de lógicas complejas que eran movilizadas, en todo o en parte, por cada agente dependiendo de la circunstancia pero dentro del discurso de legitimación común. Es el caso de la dicotomía entre exilio nobiliario y exilio de las ciudades²⁴, una oposición que no se basaba tanto en el principio de mutua exclusión cuanto en el supuesto de ordenación jerárquica de los contenidos identitarios de ese discurso. Esta cesura llegó al paroxismo al comienzo del exilio cuando Nicolas Godin, antiguo *maire* de Beauvais, sufrió un atentado a cargo de hombres del duque de Mayenne²⁵. No obstante, no se trataba de un rechazo contra la *nobleza*, sino contra la mala nobleza, esto es, la que había pactado con el rey; frente a ella Boucher había cantado el heroísmo de los nobles refugiados habían mostrado su perseverancia en la causa al tomar el camino del exilio. Como toda identidad, la de los miembros del exilio urbano era una amalgama compleja de discursos, lógicas y creencias, que era construida desde una experiencia personal elaborada a partir del entorno familiar, residencial, estamental e institucional en un proceso que no era estático, sino que estaba abierto a interpretaciones oportunistas. Un discurso que integraba la defensa de la catolicidad con la de las buenas ciudades, identificando ambas con un todo coherente que era ahora preciso defender adoptando las alianzas y los medios necesarios.

El exilio se había traducido en un reforzamiento de la dependencia ideológica y política hacia el apoyo del rey de España. Esta

²⁴ Es preciso recordar aquí la violencia antinobiliaria de los poemas de Louis Dorléans sobre la toma de Cambrai, véase BNF, ms fr 863 f° 744-750.

²⁵ AGS E 611, 115, 17 de septiembre de 1594 ; FZ 218, 82, 20 de marzo de 1595, Bruselas, el duque de Feria de Felipe II.

era la evolución de una simpatía previa que se veía confirmada y ampliada por su actuación en defensa de los refugiados. La antigua acusación de españolización había dejado ya de convertirse en un elemento molesto para devenir una marca de calidad; en este contexto los escritos de Boucher posteriores a 1594 completarían una visión de la Liga que hace mucho más comprensible su proyecto político. Lejos de ser un movimiento anti-monárquico la Liga Católica, su versión más radical, se expresa en los escritos de este cura parisino como la encarnación de un proyecto político que busca situar al soberano en su esfera justa, en la de ser un ejecutor de la voluntad de la Iglesia: frente a cualquier forma de laicidad o de catolicismo real²⁶. Si en los Países Bajos los radicales pudieron expresar el sentido monárquico de su discurso era por su identificación entusiasta hacia la política de intolerancia que desarrollaba el gobierno de Felipe II. Es bien conocido como Boucher fue uno de los pensadores que llegaron a finales del XVI a postular que en caso que un príncipe electo por el pueblo ejerciera mal su gobierno, este pueblo conservaba su derecho de cambiarlo a voluntad; pero esta opción no era imaginable respecto a la política de su protector.

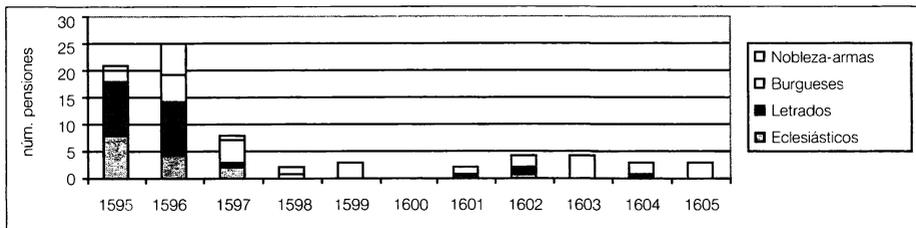
Esta identidad belicista iba a envolver no sólo al clero o a la nobleza, sino a todo el conjunto del exilio. Frente a la imagen tradicional de la Liga urbana como un movimiento clerical, la renovación historiográfica sobre el tema ha recalcado la importancia de los letrados en el movimiento, lo que ubicaría el papel de los predicadores en el de ideólogos y organizadores, compartiendo o dejando la política concreta a los laicos. En el exilio flamenco esta especialización ideológica queda bastante clara: los antiguos curas parisinos pasaron a desempeñar en Bruselas o Tournai la misma función. Pero el marco ideológico no es suficiente para mantener una guerra, es preciso una política concreta, y el partido en el exilio también la iba a formular. En su momento de máximo poder el ala más radical de la Liga se había apoyado en cuatro pilares: la legitimación pontificia a su movimiento, el apoyo de la nobleza francesa, el recurso al pueblo como justificación política y, en menor medida, la alianza con Felipe II. En el otoño

²⁶ Además de la referencia necesaria a Labitte o Leger, sobre Boucher se puede consultar los trabajos de Marie-France Renoux-Zagamé, «La sconfitta della Lega e i destini dello Stato Cristiano», *Rivista di Storia della filosofia*, 3, 1995, páginas 523-542; «Du juge au Roi-Idole. Droit divin et constitution de l'état dans la pensée juridique française à l'aube des temps modernes», *Le Droit entre laïcisation et néo-sacralisation*, Paris, 1997, págs. 143-186; o las referencias que aparecen en Alexandre Y. Haran, *Le lys et le globe. Messianisme dynastique et rêve impérial en France aux XVIe et XVIIe siècles*, Seyssel, 2000.

de 1595 los dos primeros habían sucumbido a la realidad, con lo que el proyecto político para rehacer la Liga pasaba necesariamente por una afirmación que recalcará los restantes: sería en ellos en los que se apoyara el proyecto que los letrados propondrían a los españoles, un proyecto esencialmente revolucionario. Durante su permanencia en los Países Bajos la residencia del duque de Feria en Bruselas debió de continuar siendo el espacio de reunión del núcleo duro de los refugiados. En éste tenían un peso significativo los letrados parisinos, lo que se corroboró en la formulación de una política concreta: la restauración de la Liga y la elección de Felipe II como rey de Francia bajo la autoridad de un *Parlament*. Este era un proyecto heredero de la proclamación de «Carlos X» como rey de Francia en 1590 y relacionado con el recurso al *Consensus Populi* que acababan de realizar los españoles en Cambrai²⁷. La partida del duque y el propio agotamiento militar de la Monarquía hicieron que esta propuesta no alcanzara la realidad más allá del papel.

El partido en el exilio no pudo desarrollar su política por falta de comunicación con sus nuevos socios españoles. Esto vuelve a poner de manifiesto la importancia creciente de la posición de las autoridades españolas para la supervivencia de la Comunidad como tal. La evolución de ese reconocimiento muestra también el proceso de disolución del partido y su sustitución por un agregado de pensionados. En un primer momento la protección de Feria se tradujo en la concesión a los refugiados urbanos de pensiones y de ayudas como compensación a las pérdidas de su expulsión de la capital francesa²⁸:

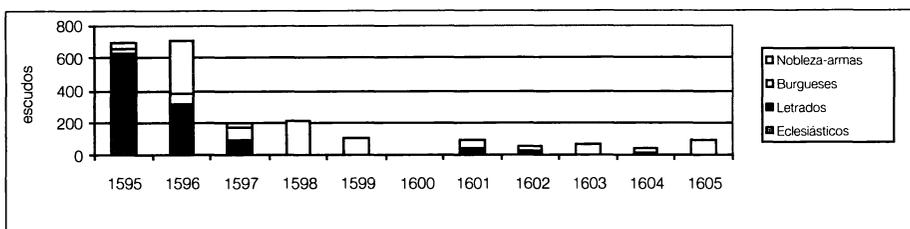
CONCESIONES DE PENSIONES A FRANCESES EN EL EJÉRCITO DE FLANDES



²⁷ AGS E 343, 104, «Copia del papel que el duque de Feria dio al señor archiduque sobre las cosas de Flandes», informe que fue utilizado por F. Braudel (*La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, Ed. 1990, III vols., III, págs. 394-395, nota 163); José Javier Ruiz Ibáñez, «Théories et pratiques de la souveraineté dans la Monarchie Hispanique: un conflit de juridictions à Cambrai», *Annales Histoire Sciences sociales*, 55/3, 2000, págs. 623-644.

²⁸ Fuente: AGR/AR, SEG 15 f.º 294-295 y 302-303; SEG 16 f.º 137v-140; SEG 17 f.º 141-142; AGS, E 617, 121 ; E 617, 46; E 617, 55-57; E 618, 110; AGS, E 2023, 117; E 623, «Relacion de los entretenidos de todos generos... , 20 enero 1604».

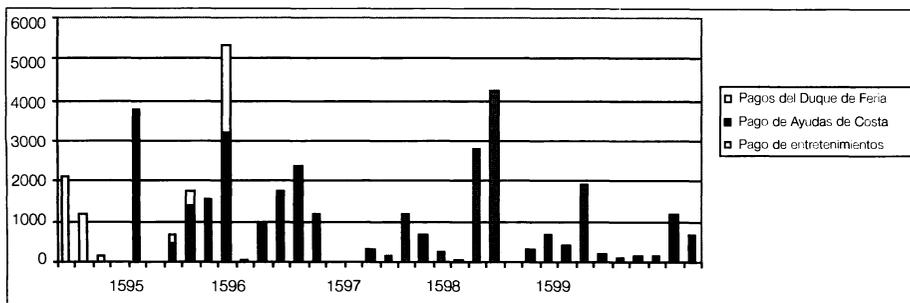
CUANTÍA DE LAS PENSIONES CONCEDIDAS A FRANCESES EN EL EJÉRCITO DE FLANDES



En los años que siguieron a la llegada del archiduque Alberto los nuevos pensionados proceden de las plazas de la frontera o de las armas, y recibirían sus pensiones por servicios o pérdidas realizadas ya durante el conflicto, es decir, en el momento de dependencia explícita del rey católico.

La ausencia de Feria también supuso una quiebra en el ejercicio práctico de ese reconocimiento, una retracción decisiva en el pago efectivo de pensiones y ayuda de costa. La acumulación de las deudas hacia los refugiados de las ciudades por parte de los gobernantes españoles se disparó desde 1596 hasta 1600, alcanzando ese año un nivel insoportable equivalente a 35 mensualidades, lo que contrastaba con la evolución de las deudas del duque de Aumale que mantenía en poco menos del equivalente a 6 mesadas de su pensión. Peor aún, la presencia de Feria, por caridad e interés político, había significado destinar otros recursos (los propios de la Caja de su Embajada además de los de la Pagaduría general del Ejército de Flandes) a los refugiados de las ciudades, pagos que habían desaparecido a principios de 1596. La visión global se puede verificar en el siguiente gráfico²⁹:

PAGOS EFECTIVOS A LOS REFUGIADOS URBANOS FRANCESES



²⁹ Fuente: AGS, CMC II 877 y AGS, E 343, 105. N. B.: la bajada de los pagos en 1597 obedece a la bancarrota de 1596; pese a su menor cuantía, relativamente al descenso de los pagos del conjunto del Ejército en este año se produce un incremento significativo de remuneraciones a los refugiados.

Las pensiones ataban a los refugiados a la administración española. Es en este contexto cuando se termina por definir la identidad de emigrados políticos del conjunto de los exiliados. La actitud de los predicadores y las proposiciones de los letrados ya muestran para 1596 que la concepción de Felipe como la única opción y la confusión de su servicio con el de la causa católica parecen plenamente realizadas. Sin embargo, los abundantes testimonios personales de los refugiados que datan de 1597³⁰ matizan un tanto esta afirmación, ya que éstos justifican sus razones por tomar el camino del exilio sobre todo por su implicación en la causa de la Liga y su incapacidad de sufrir un rey herético; inscribirse en el servicio del rey católico era presentado generalmente como punto de llegada. Esta españolización de la identidad de los refugiados franceses se iba a reforzar ante su creciente dependencia hasta el extremo de transformar una consecuencia en un motor de acción, cuando a principios del siglo XVII los mismos refugiados confundían en sus reclamaciones de indemnización el servicio a Dios con el servicio a Felipe II.

Se trataba de una evolución lógica, reforzada por el hecho de que la imagen de los refugiados franceses construida por las autoridades españolas se terminó por convertir en el espejo en el que aquéllos quedaron obligados a mirarse para que fuera más sólida su posición en el entramado asistencial español. Para los seculares los entretenimientos se convirtieron en la forma de reconocimiento de estatus por el único medio institucional, la administración española, dispuesta a dárselo. Los exiliados debieron completar una identificación personal armónica construida sobre dos elementos dispares: por un lado reforzar su identidad francesa y católica, por otro reclamar su dependencia del rey de España. A la hora de la muerte Saureulx, Boucher, Godin o el jurista parisino Baston hicieron grabar en piedra tanto sus orígenes como los oficios que habían recibido de la administración de la Monarquía. En esta identificación compleja obraba el interés personal de cada refugiado de hacer ver que sus pérdidas, servicios y sufrimientos en el beneficio de la Liga lo eran también en el del hijo de Carlos V, y por éste debían ser remuneradas o compensadas. Franceses vasallos del rey de España, pero franceses a fin de cuentas, ya que pese a Vervins y al menos hasta 1610, los más irreductibles de los refugiados debieron esperar en la oposición entre las dos grandes Monarquías Católicas la oportunidad de restaurar en Francia un

³⁰ En este momento la administración hispana de Bruselas ordenó a todos los refugiados que hicieran un informe autobiográfico personal, éstos están conservados en AGR/AR A 1398-7.

gobierno verdaderamente cristiano; y algunos de ellos, aunque discretamente, se debieron identificar bastante con la acción de Ravailac³¹.

Lo cierto es que después de 1600 los propios refugiados que restaban en tierras del rey Católico se estaban convirtiendo en figuras cada vez más incómodas. Es cierto que mientras sus antiguos protectores ocuparon puestos de responsabilidad (Fuentes en Milán, Ibarra en Madrid, Feria en Barcelona) no fueron del todo marginados, pero cuando se fue produciendo su desaparición a ésta le acompañó la de la memoria de sus hechos. El resultado fue la necesidad de volver a Francia o la migración hacia otros territorios del rey de España, sobre todo Nápoles; pero, pese a ellos mismos, ya no eran un partido.

CONCLUSIONES

La peripecia del exilio francés muestra elementos que ayudan a comprender la política a fines del siglo xvi. Queda clara la función decisiva de los interlocutores para poder vehicular los deseos de resistencia política a Enrique IV a la alianza con el poder español, lo que pone en primer plano el principio de visibilidad. Parece claro que para una sociedad de Antiguo Régimen éste depende de la dignidad (como expresión de fiabilidad) reconocida a cada uno. En consecuencia, la política española en Francia encontró sus límites en la incapacidad para sustituir los sistemas tradicionales de contacto cortesano (la embajada y las relaciones con los grandes nobles) por una red particular de apoyos locales, cuya existencia embrionaria sólo se puede ver en la acción más o menos residual de algunas órdenes y en el apoyo espontáneo de algunos nobles. El marcado carácter parisino de los refugiados urbanos y la disciplina clientelar entre los nobles muestran hasta qué punto la política de Felipe II no logró superar estas barreras.

Por otro lado, la experiencia del exilio se construyó sobre una ideología monárquica católica capaz de adaptarse a la coyuntura. La existencia de una división de funciones entre los exiliados y la propia documentación personal conservada de ellos muestran que existieron múltiples percepciones de dicha ideología. Estas percepciones se construían según la ordenación jerárquica que, de forma individual pero condicionada, cada exiliado hizo de los elementos que la componían. Sería la situación política y su evolución la que crearía los marcos para desarrollar y transformar dichas concepciones. Así en 1595, a pesar de la absolución pontificia, los

³¹ Roland Mousnier, *L'assassinat d'Henri IV*, París, 1964, 27-29.

radicales parisinos pudieron estar de acuerdo con la nobleza refugiada en el imperativo de continuar la guerra, lo que muestra una notable capacidad de adaptación colectiva al cambio de circunstancias. Sólo la paz de Vervins puso a los refugiados en la urgencia de reinterpretar individualmente la oportunidad de su exilio. La clara diferenciación entre los que vuelven (burgueses y, en menor medida, hombres de leyes) y los que restan (clérigos, nobles y hombres de leyes) muestra la necesidad de comprender este regreso desde una óptica que relacione la adaptación consecuente del discurso monárquico con las posibilidades de futuro personal. El desarrollo de este estudio determina como inexcusable buscar la comprensión de la representación personal de los discursos políticos, una representación que desde la historia social ha de incluir relaciones, expectativas e intereses como condicionantes de su evolución permanente. De hecho, es a partir de un estudio de individualidades que construyen y disuelven un grupo en el tiempo que la imagen de ese gran movimiento social que fue la Liga católica y su posteridad, el exilio *ligueur*, puede ser más exacta en tanto que más compleja, más comprensible en tanto que más humana.

RESUMEN

El estudio del exilio de los radicales católicos franceses al final de la Guerras de Religión se realiza buscando contribuir a dos elementos relacionados: primero un mejor conocimiento de las formulaciones ideológicas y del funcionamiento político de la Liga Católica, así como de las posibilidades de intervención española en Europa en el momento de máxima proyección política de la Monarquía. En segundo lugar a la dinámica social generada por la peripecia de un colectivo en el exilio: desde su formación, constitución, percepción diferencial de las identidades políticas y disolución final. Estas aproximaciones se realizan desde una perspectiva compleja que busca reconstruir la experiencia colectiva de estos exiliados como un proyecto político que sólo puede ser entendido desde la comprensión de la experiencia individual.

ABSTRACT

The study of exile of French radical catholics (in the context of Wars of religion), can be undertaken through the analysis of two related elements: 1) A better knowledge of ideological formulations and the political functioning of the Catholic League, as well as of the possibilities of the Spanish intervention in Europe at the mo-

ment of maximal political projection of the Spanish monarchy. 2) The examination of social dynamics generated by a community in exile, from its formation and different perception of political identities, to its final dissolution. These two approaches would be accomplished from a perspective that would look for the reconstruction of the collective experience of the exiled as a political project, in which case the key element for the proper comprehension of this political project would be through the study of individual experience.

Robert Descimon es director de Estudios en la EHESS (París), trabaja sobre la evolución política y social de la dominación monárquica en Francia en la Edad Moderna, y entre sus trabajos destacan *Qui étaient les seize? Mythes et réalités de la Ligue parisienne (1585-1594)*, París, 1983 (junto a Elie Barnavi); *La sainte Ligue, le juge et la potence. L'assassinat du président Brisson (15 novembre 1591)*, París, 1985 (junto a Christian Jouhaud); *La France du premier XVIIe siècle (1594-1661)*, París, 1996; y (junto a Fanny Consandey) *L'absolutisme en France. Histoire et historiographie*, París, 2002.

José Javier Ruiz Ibáñez es profesor titular en la Universidad de Murcia y trabaja sobre la Monarquía Hispánica en los siglos XVI y XVII; ha publicado *Las dos caras de Jano. Monarquía, ciudad e individuo. 1588-1648*, Murcia, 1995 (junto a Vicente Montojo) *Entre el lucro y la defensa. Las relaciones entre la Monarquía y la sociedad mercantil cartagenera*, Murcia, 1998; y *Felipe II y Cambrá: el consenso del pueblo. La soberanía entre la práctica y la teoría política (1595-1677)*, Madrid, 1999.